

## Texto de Aula de Filosofía del Lenguaje

Horacio Luján Martínez

**Resumen:** Este texto aborda la concepción agustiniana del lenguaje desarrollada con mayor extensión en la obra titulada *Del Maestro* (De Magistro). En él se encuentran explicitadas la noción de palabra como “nombre” o “substantivo”; la enunciación o la palabra hablada como algo que adquiere significado a partir de la legitimación de una “interioridad” u “hombre interior” que Agustín llamará de “Cristo”. El estudio de la noción agustiniana del lenguaje es fundamental ya que atraviesa los siglos y aún se encuentra implícita en muchas expresiones coloquiales contemporáneas. También su comprensión ayuda a entender la llamada “segunda filosofía” de Wittgenstein. En particular la presentada en las *Investigaciones filosóficas*.

**Palabras llave:** San Agustín; De Magistro; Filosofía del lenguaje.

San Agustín (354-430 DC): interioridad, lenguaje y existencia.

Agustín nació en Tagaste, Numidia, entonces provincia romana en el norte de Africa, hoy parte de Argelia y falleció en la ciudad próxima de Hipona, de la cual era obispo. Estudió en diversas ciudades de su región y se capacitó como maestro de Retórica en Cartago, habiendo escrito sobre esta cuestión una obra titulada *Principia Dialecticae*. Se tornó profesor de retórica en Roma y, posteriormente en Milán, donde escuchó los sermones de San Ambrosio, obispo de esa ciudad, a quien admiró como orador y predicador. Se convirtió al cristianismo – luego de una etapa maniquea<sup>1</sup> – en el año 386 y fue bautizado al año siguiente tras un período de recogimiento y meditación.

San Agustín puede ser considerado como un pensador de transición entre el final del período que llamamos “antiguo” y el inicio de la llamada Edad Media. Si hablásemos de ciudades destacadas en su pensamiento, la doctrina de Agustín es un crisol donde se funden Atenas y Jerusalén. De la primera recibirá el platonismo como neoplatonismo de parte de la filosofía de Plotino. De Jerusalén recibe y piensa con y a través de la Revelación, de la identificación de Jesús como el hijo de Dios que habitó la tierra. La aproximación que Agustín elabora entre los clásicos griegos y el cristianismo será denominada de “platonismo cristiano”. Su relevancia filosófica y teológica se

---

<sup>1</sup> El maniqueísmo fue una corriente filosófica y religiosa que postulaba la existencia necesaria del Bien tanto como la del Mal. Agustín abrazó esta doctrina en su juventud, como lo describe en sus *Confesiones*, pero terminará abandonándola por fatalista y hereje. A medida en que se convierte al cristianismo dirá que el Mal no es más que ausencia de ser. Rehabilitando la posición de que Dios como creador, éste no podría haber creado el Mal. Éste sólo existe como negación humana del Bien, negación inducida por el pecado original que marca nuestra alma y sus acciones.

extiende hasta el período moderno, por su influencia sobre filósofos como Descartes, los pensadores de Port-Royal y Blaise Pascal, quienes recurren a nociones agustinianas como las de “luz natural” e “interioridad”.

La filosofía de San Agustín se elabora, más específicamente, a partir de una aproximación del neoplatonismo de Plotino y Porfirio con las enseñanzas de San Pablo y del Evangelio de San Juan. Agustín defiende la idea de que la filosofía antigua consiste en una preparación del alma, útil para la comprensión de la verdad revelada, aunque la “sabiduría del mundo” es limitada, y es necesario, debido a esto, tomar de los enseñamientos religiosos, la prioridad del “creer para después comprender”.<sup>2</sup> Para San Agustín la verdadera ciencia es la teología, y es a sus enseñanzas que el ser humano se debe dedicar. Dicho aprendizaje prepara su alma para la salvación y para la visión de Dios, que es su recompensa.

San Agustín se cuestiona como puede la mente humana, cambiante y falible, alcanzar una verdad eterna con certeza infalible. Su respuesta la da a través de su “teoría de la iluminación”, según la cual Dios ya colocó las verdades eternas en nuestro espíritu, aunque las olvidamos dado que estamos marcados por el pecado original. Dada esta “antropología filosófica” nuestra vida es un intento de limpiar esa mácula en nuestra alma, apoyados por la Gracia divina.

Veremos, que la posibilidad de conocer supone algo previo, que torna inteligible el propio lenguaje, esto es: la luz interior. Su posición se alinea a la platónica, en el sentido de ser innatista, suponiendo que el conocimiento no puede ser derivado enteramente de la aprensión sensible o de la experiencia concreta. Todo conocimiento necesita de un elemento previo que sirva de punto de partida para el propio proceso de conocer. San Agustín apelará al “maestro interior”, Cristo, que representa en este sentido, nuestra capacidad innata de conocer.

Con los fragmentos que siguen, ilustraremos su noción del lenguaje.

**Libro Del Maestro (De Magistro) (año 389) Escrito en forma de diálogo con su hijo Adeodato.**

**“Capítulo I: Finalidad del lenguaje.**

Agustín: ¿Qué te parece que hacemos cuando hablamos?

Adeodato: Se me ocurre ahora que enseñar o aprender...

---

<sup>2</sup> Para esta afirmación se basa en Isaías 7, 9: “A no ser que creas, no comprenderás”.

Agustín: Afirmo que la finalidad de la palabra es doble: enseñar o evocar recuerdos en los otros y en nosotros mismos.....Quien habla manifiesta exteriormente el signo (signum) de su voluntad a través de la articulación del sonido...aún sin proferir ningún sonido hablamos cuando íntimamente pensamos las palabras en nuestra mente, de ese modo, por medio de las palabras lo que hacemos es llamar la atención para algo; no obstante, la memoria a la que las palabras están relacionadas trae a la mente las propias cosas de las cuales las palabras son señales.

**Cap. III:** *Si es posible indicar alguna cosa sin el uso de signos.*

Adeodato:...Tú indagas sobre cosas que, sean cuales fueren, no pueden ser consideradas de ningún modo palabras, sin embargo también sobre ellas tú me indagas con palabras. Comienza ahora a indagarme sin palabras para que pueda responderte de ese mismo modo.

Agustín: Confieso que tienes razón, aún así si me preguntases el significado de esas dos sílabas pa-red (en latín paries) ¿no podrías mostrarme con el dedo, haciendo con que yo viese la cosa misma de la que es señal esa palabra de dos sílabas, mostrándola e indicándola sin usar ninguna palabra?

Adeodato: Pero también eso no puede ser indicado sin un signo. Pues el acto de apuntar el dedo no es la pared, sino apenas un modo de usar un signo por el cual la pared puede ser vista. Por lo tanto, no veo nada que pueda ser indicado sin señales.

**Capítulo IX:** *Si debemos dar preferencia a las cosas, o a su conocimiento, y no a sus signos.*

Agustín: ...Me concedes, entonces, que el conocimiento de las cosas es más valioso que los signos de ellas y, por lo tanto, se debe preferir el conocimiento de las cosas significadas, al conocimiento de los signos, ¿no te parece?

**Cap. X:** *Si algo puede ser enseñado sin signos. Las cosas no pueden ser aprendidas por las palabras.*

Agustín: (...) De hecho, si se me presenta un signo sin saber de qué cosa es signo, éste no me enseñará nada, no obstante, si ya sé de qué signo, ¿Qué aprendo con éste? Así cuando leo “Y sus sombreros no se deterioraron”, la palabra “sombrero no me indica la cosa que significa. La palabra era para mí apenas un sonido, y aprendí de qué era signo cuando encontré la cosa de que era signo. Esto no lo aprendí por el significado de ella,

sino por la visión directa. Por lo tanto, es antes por el conocimiento de la cosa que se aprende su signo de lo que se aprende la cosa después de tener el signo.

Aprendo algo que no sabía, no a través de las palabras proferidas, sino por la visión de la propia cosa, a partir de la cual conocí y grabé también el nombre.<sup>3</sup>

**Cap. XI:** *No aprendemos a través de las palabras que repercuten exteriormente, sino de la verdad que enseña interiormente.*

Agustín: Hasta aquí llega el valor de las palabras, eso porque deseo atribuirles mucho valor diciendo que nos incitan a buscar las cosas, sin poder mostrarlas para nuestro conocimiento. (...) Con palabras no aprendemos más que palabras, específicamente el sonido y el ruido de las palabras, ya que la palabra no puede serlo sin antes conocer su significado. Sólo después del conocimiento de las cosas se alcanza el conocimiento completo de las palabras.

En lo que se refiere a todo lo que comprendemos, no lo hacemos por medio de la voz de quien habla, que apenas suena exteriormente, sino de la verdad que en nuestro interior preside a la propia mente, llevados, tal vez, por las palabras a consultarla. Cristo es aquel que es consultado y que enseña verdaderamente, y Cristo habita el hombre interior.

**Cap. XII:** *Cristo es la verdad que enseña en nuestro interior.*

Agustín: Cuando se trata de aquello que percibimos por nuestra mente, esto es, por medio del intelecto y de la razón, nos referimos aún a cosas que tenemos presentes en la luz interior de la verdad que ilumina al hombre interior, no obstante, aún en este caso quien nos escucha conoce lo que decimos por medio de su propia visión, y no a través de las palabras que proferimos, desde que él también pueda ver por sí la misma cosa a través de los ojos interiores y simples. Por lo tanto, ni siquiera a este que ve cosas verdaderas le enseñó algo al decir la verdad, porque no aprende a través de mis palabras, sino de las propias cosas que Dios le revela interiormente.

---

<sup>3</sup> Ver las semejanzas con el *Cratilo* de Platón quien acaba recomendando la visión de las cosas mismas.